

# Equilibrio

MEDIO AMBIENTE + RESPONSABILIDAD SOCIAL



Foto: Fernanda Gómez.



© Miguel Angel de la Cueva



Trabajamos por el bienestar integral de las Sierras por su gran valor ambiental, social y cultural para BCS. Protegemos hábitats prioritarios terrestres y costeros mientras promovemos el desarrollo sustentable de las comunidades en la región.

[www.niparaja.org](http://www.niparaja.org)

 Niparaja.AC

 NiparajaAC

# Custodios de la Sierra

**E**l paraíso existe, está en Baja California Sur. En el paraíso el agua forma oasis, el desierto se funde con el mar y el tiempo lleva detenido más de tres siglos; en él habitan animales que no hay en ningún otro lugar del mundo y existen vestigios de grupos humanos ancestrales. Además, como era de esperarse, a su alrededor abundan mitos y leyendas.

Esta región alberga una riqueza natural sin comparación, un acervo histórico único y un bagaje sociocultural del que poco se sabe. El paraíso mide cerca de 350 kilómetros de largo y para recorrerlo de punta a punta hay que andar a pie, en mula y camioneta, por filos, mesas y cimas; aunque se necesitan —al menos— dos semanas para completar la misión; ni toda una vida es suficiente para visitar cada uno de sus rincones.

Esta maravillosa tierra con sus montañas, valles y planicies es el hogar de 4,400 personas; en su mayoría ancianas y ancianos sabios que mantienen viva la cultura ranchera, de la que tenemos mucho que aprender. Ellas y ellos son guardianes del paraíso; son quienes velan por sus ecosistemas, su flora y su fauna, utilizando respetuosamente estos recursos y transmitiendo a las nuevas generaciones sus conocimientos.

Este lugar es real, pero desconocido para la mayoría de los mexicanos. Se llama **sierras La Giganta y Guadalupe**; y no, no exageramos, sí es el paraíso.

A pesar de ser un sitio casi despoblado, prácticamente inexplorado y alejado de todo, enfrenta serias amenazas que atentan contra esta tierra que pareciera escenario de película de fantasía.

Conscientes de ello, en Beta Diversidad nos sumamos a los esfuerzos que existen —algunos desde hace más de 12 años— para proteger esta región que dio origen al desarrollo de toda la península de Baja California. Nos asumimos como verdaderos Custodios de la Sierra y ponemos manos a la obra para trabajar en conjunto y lograr un proyecto de conservación eficaz.

Como parte de este esfuerzo lanzamos esta edición especial de la revista *Equilibrio*, a manera de llamado a la acción; en sus páginas, además de describir e ilustrar a detalle la belleza imponente del paraíso, analizamos la problemática que prevalece en la zona y, de la mano de especialistas, proponemos alternativas de solución.

Esta edición cuenta con textos e imágenes de académicos, investigadores, periodistas y aventureros que han dedicado gran parte de su trayectoria a estudiar, conocer y mostrar a los demás este tesoro incomparable.

Somos optimistas y confiamos que en el corto plazo la protección de estas sierras será una realidad y un gran motivo de orgullo, digno de replicar en nuestro país y en el mundo.

## DIRECTORIO

**Pablo Latapí**  
Presidente

**Mario Gómez**  
Consejero

**Agustín De Lascuráin**  
Consejero

**Fasha Piña**  
Directora General

**Ramón Castellanos**  
Coordinador de Proyectos

**Nora Torres**  
Coordinación de Comunicación

**Gabriela Gómez**  
Relaciones Públicas e Internacionales

**Alexandra Zenzes**  
Relaciones con Gobierno

**Ana Luisa Gallardo**  
Asuntos Jurídicos

**Horacio Macías**  
Asuntos Jurídicos y Agrarios

**Fernanda Gómez**  
Fotografía

**Itzamna Pacheco**  
Administración

**Gabino Martínez y Arturo Elizondo**  
Logística

LOS INVITAMOS A SEGUIR LAS REDES SOCIALES DE ESTA INICIATIVA:

 @custodiossierra

 @custodiosdelasierra

# Tierra de seres EXTRAORDINARIOS

De la historia al mito

Por: Luis Domínguez Bareño | @AStiller0

Cuando los españoles ya contaban más de 150 años que habían impuesto sus condiciones en la meseta central del virreinato de la Nueva España, en las postrimerías del siglo XVII aún grandes extensiones del norte seguían impenetrables e incluso la península entonces de California se pensaba como una isla.

Tocó al misionero jesuita Francisco Eusebio Kino y al almirante Isidro Atondo y Antillón la conquista de la California por allá de 1683, tras el fracaso de su efímero establecimiento en la ensenada de La Paz (hoy capital de Baja California Sur). Kino y Atondo intentaron de nueva cuenta establecerse más al norte, donde fundaron el llamado Real de San Bruno, en un altillito cerca del golfo o seno californico desde donde dominaban los llanos de San Pablo (actual valle de San Juan Londó, al norte de Loreto) y, al fondo, una inmensidad de roca infranqueable conocida como sierra La Giganta.

El famoso padre Kino, cuyo fervor religioso era tan grande como su fervor por explorar la “isla más grande del orbe” y descubrir los misterios de la incógnita California, pronto posó su mirada en la serranía y se propuso escalarla. Los indígenas cochimíes de la planicie (que fueron llamados diidius) se ofrecieron para guiar a los exploradores en la sierra, aunque advirtieron de su misterio, al cual Kino se refiere en sus diarios: “por ser muy alta, que desde el Yaqui al ponerse el Sol se descubre y también porque los días pasados habían dicho y creído algunos que en estas tierras de los noys había gigantes, la llamamos *La Giganta*”.

Las sorpresas brotaron en la recién bautizada serranía de La Giganta, pues al cruzar los valles de arenas cálidas y resacas sucedió lo inconcebible: casi bíblicamente de la piedra emanaba agua y en grandes estanques o tinajas saciaron su sed de viajeros. El interés por aquellos montes creció y, entre 29 hombres de la expedición más cinco indígenas, se adentraron en La Giganta. En una de las cimas veían San Bruno y gran parte del golfo,

levantaron una cruz entonces. Pronto los peñascos hicieron imposible el avance de los caballos, se hacían entradas en los escarpados farallones para buscar las rutas que abrieran paso hacia el otro lado, donde Kino sabía que caerían en la Mar del Sur (hoy océano Pacífico).

Los soldados se descalzaron, dejaron las armas, arrojaron sogas y se las agarraban por la cintura a los demás viajeros, así cruzaron lo que Kino llamó “los pasos de Santa Bárbara”. Era 14 de diciembre de 1683 y Atondo apuntaba: “anduvimos como seis leguas y descubrimos un valle con ocho agujajes, uno de ellos una gran laguna de tres leguas, aquí armamos nuestro real y, por estar rendido y ampollado de los pies, mandé a unos soldados en compañía del reverendo Kino a que descubrieran tierra adentro”.

Por las horas del solsticio de invierno, algunos expedicionarios enviados por Atondo alcanzaron la cima de La Giganta, y aunque el aire era fresco y el tiempo benévolo, el gran esfuerzo por esta conquista de las alturas mermó el espíritu de más de uno de estos primeros viajeros que dejaron testimonio de su ascenso a La Giganta. Derribando un cardón seco lo incrustaron en un cactus alto, así formaron una cruz en aquella cumbre que llamaron precisamente de Santa Cruz.

Kino siguió descubriendo agujajes, llanadas, así como bosques de sauces, encinos, verdolagas, quelites, tomatillos y otras plantas de aquellas tierras altas de la California. Los noys, etnia que habitaba La Giganta, no eran gigantes ni imponentes como desde la costa los relataban; aunque Kino pudo entenderse con ellos y encontrar finalmente el paso deseado hacia la contracosta.

Si bien estos descubrimientos no fueron suficientes para la corona española y la expedición de Kino y Atondo fue retirada dos años más tarde de la California, sí representan un trabajo pionero en las exploraciones de la sierra La Giganta, la cual sigue siendo la enigmática columna vertebral de nuestro actual estado de Baja California Sur.

“

Por ser muy alta, que desde el Yaqui al ponerse el Sol se descubre y también porque los días pasados habían dicho y creído algunos que en estas tierras de los noys había gigantes, la llamamos *La Giganta*”.

misionero jesuita  
Francisco Eusebio Kino.

## — SOBRE EL AUTOR

Maestro en Historia Regional por la UABCS. Ha sido secretario particular en la Dirección General de Educación Básica de la SEP Estatal, coordinador de programas federales en la Delegación Federal de la SEP en Baja California Sur y cronista municipal en el Ayuntamiento de La Paz. Es director del Archivo Histórico Estatal “Prof. Pablo L. Martínez”.

## Contenido

5

Tierra de seres extraordinarios

De la historia al mito

Luis Domínguez Bareño

6

¿Qué es lo que más te gusta de vivir en las sierras?

Entre la soledad, la naturaleza y la libertad

7

Mujeres y hombres de rancho

Sociedad y cultura serranas

Lorella Castorena Davis

10

Tras la silueta de las sierras

Gabriela Anaya

12

Oasisidad

Patrimonio biocultural

Micheline Cariño

14

La Giganta y Guadalupe

Guardianas de la vida en la Península

Rodrigo de Alba

20

El legado de la sierra

Alberto Tinoco Guadarrama

26

Naturaleza, cultura, historia y aventura en un mismo lugar

Recorre las sierras a pie, en mula o en auto

28

Sitios arqueológicos

Las huellas del pasado

Carlos Mandujano

32

La protección de la biodiversidad es nuestro seguro de vida

Fasha Piña

34

Conservar produciendo y produciendo para conservar

Entrevista con el Biólogo Roberto Aviña, titular de la CONANP

36

Participación social activa en la creación y manejo de Áreas Naturales Protegidas

Francisco Olmos

38

Paisajes bioculturales

Modelo complementario de conservación

39

Geografía y esperanza

Miguel Ángel de la Cueva

42

El poder del agua serrana

Raúl Avilés

44

Cornucopia

Ramón Castellanos

48

Economía Rural

Clave para rescatar el legado natural, social y cultural

Paloma Gutiérrez

50

La perla del diablo

Fabián Torres

Foto: Fernanda Gómez.

*Equilibrio* es una publicación editada y producida por Beta Diversidad A.C. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo en trámite. Las opiniones expresadas en esta edición no necesariamente son compartidas por los editores, y son responsabilidad sólo de quien las expresa. *Equilibrio* tuvo un tiraje de 40,000 ejemplares encartados en la edición para

suscriptores del periódico *Reforma* y 10,000 adicionales circulan de manera controlada.

Fecha de publicación: febrero de 2021.  
Portada: Sierra La Giganta, BCS. Foto: Fernanda Gómez. @fernandagglz

## ¿Qué es lo que más te gusta de vivir en las sierras?

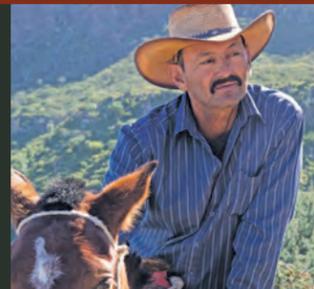
Entre la soledad, la naturaleza y la libertad

En La Giganta y Guadalupe pareciera que el tiempo se detuvo y, por ello, sus cerca de 4,400 habitantes aún reproducen usos y costumbres que datan de hace más de 300 años. Aunque para la mayoría de nosotros es complicado imaginar este estilo de vida, basta decir que echa mano de la simpleza, el orden y el esfuerzo constante.



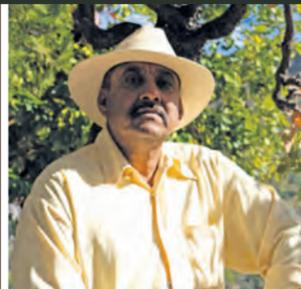
“Pasar mis días montado en un caballo”.

■ Francisco Javier Higuera Alameda (alias Quico), 68 años. Ejido Tepentú.



“La soledad que te regala este lugar”.

■ José Mario Amador Amador, 52 años. Localidad La Soledad.



“Agradezco vivir alejado de la contaminación y alimentarme sólo con comida natural”.

■ Javier Cervando Amador Amador, 56 años. Localidad La Soledad (rancho Buenavista).



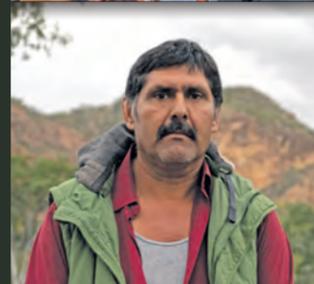
“Lo que más me gusta es que tengo mucho trabajo y, al mismo tiempo, mucha paz”.

■ Mónica Meza Espinoza, 49 años. San José de Comondú.



“Tengo todo lo que necesito, no tengo tiempo de amargarme. Voy a vivir más de 100 años”.

■ Luis Guillermo Bastida Delgado, 74 años. San Javier.



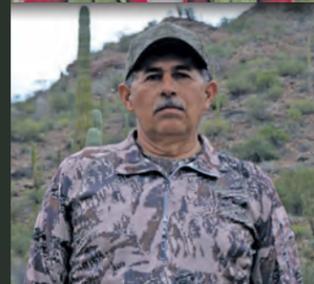
“Disfruto cada día la vida al lado de los animales”.

■ Edgar Benjamín Romero Cota, 47 años. San Isidro.



“Todo se puede hacer con libertad, comer con libertad, trabajar con libertad, respirar con libertad”.

■ Manuel Vicente Rousseau Aguilar, 48 años. Rancho San Juan.



“Nada más bello que la flora y la fauna que me rodea”.

■ José Luis Chavarría Valdés, 55 años. Ejido Alfredo V. Bonfil



“Es un privilegio disfrutar de la hermosa naturaleza que hay en los oasis de la sierra”.

■ Óscar Aguiar, 50 años. San José de Comondú.

## Mujeres y hombres de rancho



## Sociedad y cultura serranas\*

Poseedores de un bagaje cultural y saberes únicos en todo México, los habitantes de las sierras La Giganta y Guadalupe representan un pasado ancestral que estamos obligados a preservar.

Por: Lorella Castorena Davis | Fotos: Miguel Ángel de la Cueva

El origen de los rancheros sudcalifornianos se remonta al siglo xvii y se debe a la expulsión de campesinos pobres del sur ibérico quienes emigraron agobiados por la nobleza rural y la crisis del imperio. Pobres y desarraigados, se acercaron en áreas aisladas del occidente y norte de México; en pequeñas y remotas propiedades rústicas, reprodujeron las prácticas agropecuarias de algunos antiguos cortijos andaluces, adecuándolas a las características productivas de su tierra de adopción. Es decir, se reinventaron en el aislamiento y la escasez.

La intensidad, extensión y heterogeneidad de las migraciones hacia la Nueva España produjo varias maneras de reapropiación del también diverso y heterogéneo territorio prehispánico que lenta, pero inexorablemente, terminaron por construir al México moderno.

Asentado en lugares agrestes, este minúsculo y olvidado contingente de la otra pobrería española ha sobrevivido durante siglos desperdigado en la geografía mexicana. Aislamiento y disper-

sión simbolizan el sino de diversos y pequeños grupos de hombres y mujeres que si bien no comparten un mismo territorio, sí se identificaron como rancheros para distinguirse de otros miembros del campo mexicano, sustrayéndose a los conflictos de la lucha por la tierra y el poder que caracterizó la historia de la ruralidad mexicana.

Durante el siglo xviii, la población indígena en la región sufrió un rápido descenso condenándola a su desaparición, mientras las familias de los rancheros florecieron. De su progenie, que no era ni misionera ni india, surgió una población hispana que lentamente repobló la península; de tal manera que cuando México inició su vida independiente, los rancheros ya dominaban el vasto e inhóspito territorio bajacaliforniano.

Emplazados en sitios cercanos a fuentes de agua que les permitieron desarrollar una modesta pero variada horticultura y una extensa ganadería criolla, los rancheros se hicieron de propiedades rústicas en el transcurso de 100



Los hombres y mujeres de rancho se encuentran en una situación tan vulnerable que están en peligro de extinción.

años y, durante mucho tiempo representaron junto con los mineros, comerciantes y pescadores la clave para la subsistencia de la economía regional.

Los rancheros emergieron durante el prolongado tiempo colonial, a contrapelo de la raigambre comunal indígena, del agrarismo ejidal campesino y al margen de las élites criollas urbanas y rurales.

Hasta mediados del siglo xx, los rancheros aseguraron el abasto hortícola y ganadero de los pueblos y pequeñas ciudades sudcalifornianas. En efecto, y a diferencia de otras regiones de México en donde la cultura ranchera ha compartido el complejo espacio rural con las comunidades cam-

pesinas e indígenas, siempre en un número demográfico, territorial y de significancia cultural menor, en Baja California Sur los hombres y mujeres de rancho (así como su cultura) signan la ancestralidad regional y representan una sui géneris continuidad de la historia colonial con el proceso de construcción regional.

Este proceso histórico cultural comenzó justamente en las sierras La Giganta y Guadalupe donde se emplazaron las misiones serranas que permitieron tejer la red de relaciones entre misiones costeras, reales de mina y ranchos, sentando las bases para el sostenimiento de la vida social, económica y cultural de sudcalifornia.

En estas sierras hay un conjunto de localidades rurales que forman parte de los municipios Loreto, Comondú, Mulegé y La Paz que albergan pequeñas comunidades asentadas en pueblos, rancherías y ranchos territorialmente articuladas en función de dos prácticas productivas que fueron la base sobre la que se construyó la antigua ruralidad sudcaliforniana: la ganadería como actividad económica principal y la horticultura, como secundaria.

Estas comunidades representan una de las más antiguas estrategias de apropiación territorial de la península de Baja California. Como grupo social, las familias rancheras fueron

durante el siglo xix y hasta la primera mitad del siglo xx, los únicos representantes de la sociedad rural sudcaliforniana, cuyo predominio se perdió en la década de los 40, cuando se emplazaron las primeras colonias agrícolas e inició el reparto ejidal. Entonces, las colonias agrícolas del Valle de Santo Domingo fueron concedidas a un contingente de campesinos propietarios privados provenientes del centro de México (como Jalisco y Querétaro), en tanto que los ejidos se repartieron entre grupos campesinos y antiguos habitantes de la ruralidad sudcaliforniana, esto es las familias rancheras que forman parte de los 20 ejidos dentro del área.

La organización social y cultural de las comunidades rancheras está determinada por el factor demográfico: pocos habitantes emplazados de manera dispersa y aislada. Los ranchos son pequeñas unidades productivas cuya estructura económica corresponde a lo que algunos han identificado como sociedades de pastores, dependientes de una economía de subsistencia fundada en la ganadería. De antigua raigambre peninsular, los rancheros son propietarios (privados o sociales) de unidades de producción compuestas por grandes extensiones de tierra deshabitada, destinada al libre pastoreo de ganado mayor, históricamente emplazadas en puntos próximos a una fuente permanente de agua.

La cultura ranchera tiene una gran importancia en dos sentidos. Si bien es reconocida como el origen de la identidad regional, la atención que se le ha brindado no ha trascendido en acciones que rescaten una cultura que, por el comportamiento demográfico de su población, está condenada a la extinción. Por otra parte, las estrategias socioambientales de la civilización material ranchera podrían ser empleadas en acciones y políticas dirigidas al uso sustentable del suelo y el agua en la región.

Los hombres y mujeres de rancho conforman un grupo social que se caracteriza por su inferioridad numérica respecto del resto de la población nacional y regional, poseen rasgos culturales comunes y se encuentran en una situación tan vulnerable que están en peligro de extinción. Este grupo fue parte intrínseca aunque minoritaria en el proceso de construcción de la nación mexicana y actor fundamental en el proceso de construcción de la región sudcaliforniana, a tal grado que hoy representa el signo más ancestral de nuestra identidad cultural y parte esencial de nuestro patrimonio cultural.

La extinción de los rancheros y sus consecuencias deben ser valoradas en un contexto que trasciende el ámbito regional, toda vez que las implicaciones culturales de la pérdida de un bagaje cultural único pueden orientarnos en la búsqueda de la sostenibilidad de los ecosistemas áridos y semiáridos de México y del continente americano.

#### — SOBRE EL AUTOR

Socióloga y Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Profesora investigadora en la Universidad Autónoma de Baja California Sur, experta en estudios culturales, de género y socioambientales; tiene más de una veintena de publicaciones entre libros, capítulos de libros y artículos.



\* Este texto deriva de varios trabajos de investigación realizados por la autora durante las últimas dos décadas, especialmente para los libros *Sudcalifornia: El rostro de una identidad* (2012) y *Remontando el Cañón de la Zorra, ranchos*

y *rancheros de la Sierra La Laguna* (2008), así como para el Estudio Técnico Justificativo (ETJ) elaborado para la propuesta de la declaratoria de la Reserva de la Biosfera Sierras La Giganta y Guadalupe.

■ Amanecer en el ejido Tepentú, en la sierra La Giganta.  
Foto: Ramón Castellanos.

# Tras la silueta de la | sierra

Por: Gabriela Anaya | @ganayare

## — SOBRE EL AUTOR

Consultora en estrategia fila trópica y colaboración. Es asesora en México de las fundaciones Resources Legacy Fund y Packard, que apoyan esfuerzos de conservación en las sierras La Giganta y Guadalupe a través del trabajo de organizaciones mexicanas de la sociedad civil. Coordina al equipo de soporte de la Iniciativa de Impacto Colectivo por

la Pesca y la Acuicultura Mexicana (ICPMX). Es parte de diversos consejos directivos de organizaciones de la sociedad civil y comités técnicos, incluyendo el Comité Técnico del Fondo para Áreas Naturales Protegidas, el Fondo Mexicano para la Conservación de la Naturaleza y el Centro de Colaboración Cívica.

La aridez del desierto puede hacer difícil asimilarlo a primera vista. Recuerdo a un consultor que estalló en ira y se negó a continuar una visita de campo en las sierras La Giganta y Guadalupe hasta que el calor se hiciese menos abrumador. El termómetro sobrepasaba los 40 grados centígrados y un perro de alguna ranhería se acercó alegremente a marcar territorio sobre los zapatos del afamado especialista. No puedo juzgar su reacción con dureza. Las temperaturas extremas de las zonas bajas de estas sierras las hacen inaccesibles para las personas que no están acostumbradas a convivir con el desierto. El calor intenso durante parte del año y el bajo nivel de precipitación de lluvia tampoco hacen fácil la tarea de adaptarse, vivir y prosperar ahí.

Los ecosistemas desérticos son callados y no gritan riqueza biológica como lo hacen las selvas; sin embargo, tienen biodiversidad y la tienen en abundancia y exclusividad.

La silueta sobria de La Giganta y Guadalupe encubre un territorio cuya importancia podría no captarse ni apreciarse de inmediato. Ahí, geografía, naturaleza, historia y cultura se reúnen de forma única, aislada y diferente. Estas sierras corren a manera de rocosa columna vertebral en la porción sur de la Península de Baja California. Sus picos escarpados, de hasta 1,750 metros sobre el nivel del mar, sus valles y oasis son hogar para un número alto de especies de cactáceas y de vertebrados terrestres que no pueden encontrarse en ningún otro lugar del mundo. Los bosques de montaña en las regiones más elevadas de la sierra Guadalupe albergan también especies endémicas.

No sólo la flora y fauna de las serranías presentan rasgos que las hacen únicas y relevantes para el planeta. Ocurre lo mismo con los aproximadamente 45 oasis que ahí se distribuyen. Un oasis en un desierto tiene el valor que la figura metafórica sugiere: es esencial. Estos ecosistemas permiten que diferentes grupos de animales y plantas subsistan y evolucionen en un ambiente árido y sirven como sitios de escala para aves que migran dentro o a través de la península. Igualmente importante: los oasis de esta región son verdaderos paisajes sociales y nodos culturales, económicos y demográficos.

**Es momento de reducir el aislamiento y ocuparnos como país de mantener la integridad ecológica de la sierra y propiciar el bienestar y prosperidad de sus habitantes.**

Los valores históricos y culturales de las sierras La Giganta y Guadalupe trascienden también la relevancia local y nacional. El arte rupestre elaborado por sus antiguos habitantes tiene estilos que no se repiten en otros lugares del mundo. Los vestigios de evidencia del periodo misional hacen eco a esta unicidad. A finales del siglo XVII, un grupo de misioneros jesuitas llevaron el evangelio a los indígenas y, con él, una serie de prácticas de uso del territorio que sobreviven en las tradiciones culturales y productivas serranas.

La creación de una Reserva de la Biosfera que brinde protección a las sierras La Giganta y Guadalupe y establezca lineamientos para el uso sostenible del territorio no es un asunto trivial ni capricho de élites. Hasta ahora, la vida natural, la historia, la economía y la cultura ranchera propia de estas sierras han sido moldeadas por las condiciones del desierto y el aislamiento del paisaje serrano. Es momento de reducir el aislamiento y ocuparnos como país de mantener la integridad ecológica de las sierras y propiciar el bienestar y prosperidad de sus habitantes.

Fotos: Ramón Castellanos.

# El legado

La Giganta tiene un dramático encanto por sus paisajes escénicos, sus techumbres, cornisas y picachos que parecieran robados de una locación de cualquier western de Hollywood.

de la

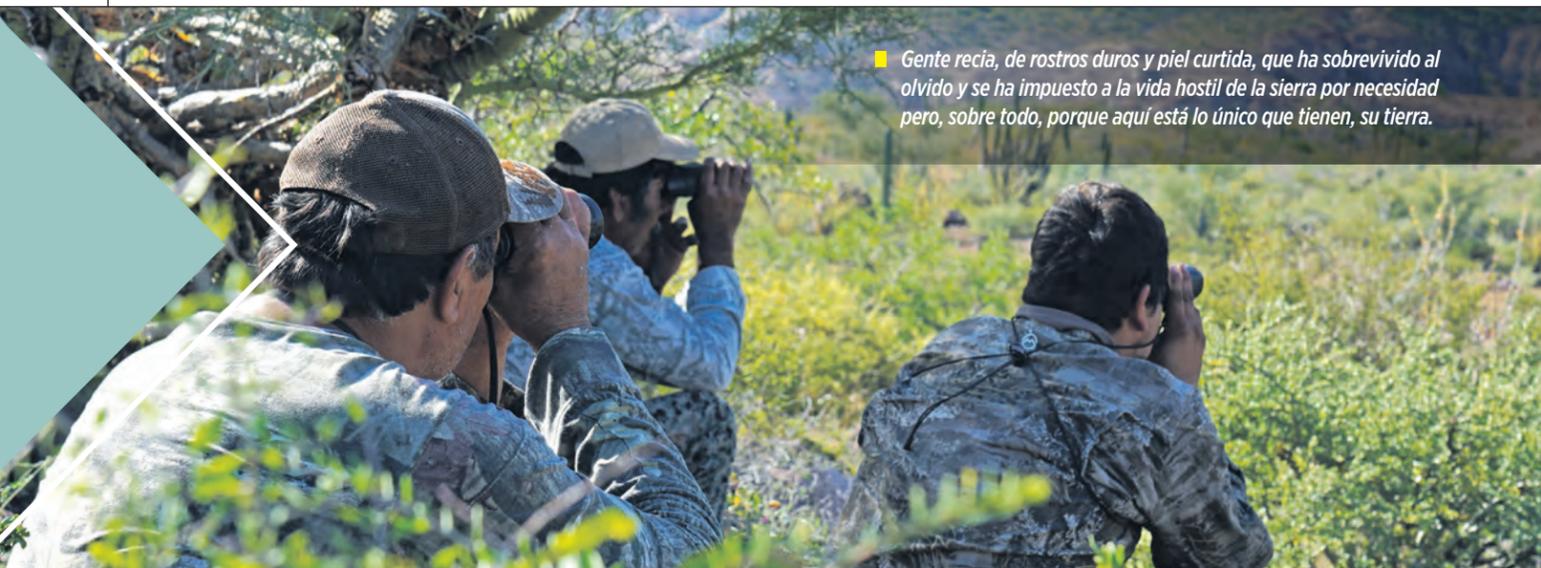
# sierrita

Por: Alberto Tinoco  
Guadarrama  
@albertotino

Son las cinco de la mañana. La temperatura apenas registra nueve grados centígrados, pero el viento y la sensación térmica estrujan el cuerpo, nada que no pueda “curar” un buen café. Tomamos camino hacia la sierra Guadalupe, después de recorrer la sierra La Giganta, que se extiende desde el norte de La Paz hasta Loreto. Ambos cordones montañosos, a lo largo y ancho de más de un millón 600 mil hectáreas, conforman el relieve de lo que hoy es Baja California Sur.

Esta es la tierra del león de la montaña, del borrego cimarrón y del venado bura; de los antiguos “californios”; de las piedras fundadoras de las casas misionales; de las aguas contendientes que van sembrando vida y que aún nos revelan los secretos de este corredor biológico del que poco se conoce.

Desde Mulegé nos hemos adentrado sobre caminos de terracería y arroyos. Buscamos el rancho El Carpintero, nuestro punto de partida para remontar la sierra. Acompaño a Miguel Ángel de la Cueva, uno de los pocos mexicanos que han participado en la Liga Internacional de Fotógrafos de Conservación, ILCP, por sus siglas en inglés. Miguel Ángel probablemente es el fotógrafo de naturaleza que mejor conoce los paisajes escénicos de la sierra Guadalupe. También acompaño al naturalista Ramón Castellanos de Beta Diversidad, con quien he compartido tardes interminables de café, hablando de todo lo que cabe y hasta lo que no cabe en *La Baja*. Andar por estos caminos no es fácil, todo se parece. Una vez que la madrugada se esconde, la mañana nos revela que iestamos perdidos!



■ *Gente recia, de rostros duros y piel curtida, que ha sobrevivido al olvido y se ha impuesto a la vida hostil de la sierra por necesidad pero, sobre todo, porque aquí está lo único que tienen, su tierra.*

## Lo que dejamos atrás

Hemos dejado atrás La Giganta y sus flo es del desierto, que desdibujan lo árido y ponen color a sus espinas. La Giganta tiene un dramático encanto por sus paisajes escénicos, sus techumbres, cornisas y picachos que parecieran robados de una locación de cualquier *western* de Hollywood. Pero sobre todas las cosas, La Giganta es sus atardeceres, con la luna despierta a deshoras, en el crepúsculo que pinta de rojo, ocre y magenta las nubes que acarician el filo de las montañas. En La Giganta conocimos a “los Chepos” del ejido Tepentú, quienes le han apostado al manejo sustentable del borrego cimarrón. Cómo olvidar esa tarde calurosa, cuando en La Cuesta de Federico logramos avistar un grupo de 10 borregos, con cornamentas en desarrollo, un aviso de que los tiempos difíciles pasarán. Ojalá que estos hombres de monte, “Chepo”, Rogelio, don Quico y Sergio, logren sacar adelante este esfuerzo de desarrollo comunitario. Atrás queda El Portezuelo, un área natural protegida que crecerá a 12 mil hectáreas, en un proyecto sustentable que ha impulsado Francisco Olmos y su gente, a través de Sociedad de Historia Natural Niparajá. Atrás quedaron también los oasis de “los Comondús” y sus vestigios misioneros, sus rancherías y sobre todo la hospitalidad de sus rancharos que todavía hacen sus cuchillos a

mano, que tiñen sus sombreros de piel con el “cascalote”. Qué decir de su queso de chiva. Y nada como el vino fermentado en barricas de cuero de don Manuel Amador. Gente recia, de rostros duros y piel curtida, que ha sobrevivido al olvido y se ha impuesto a la vida hostil de la sierra por necesidad pero, sobre todo, porque aquí está lo único que tienen, su tierra. En promedio, dos de cada 10 habitantes de Baja California Sur viven en pequeños ranchos de la sierra, en comunidades dispersas, remotas, que han sobrevivido a partir de la identidad cultural, de los usos y costumbres de un pueblo originario que tendría todo el derecho a una vida mejor. También conocimos los proyectos de economía rural que desde el Rancho Matancitas, en medio de la sierra, promueven un modelo de desarrollo comunitario. A través de Hecho en Rancho, un programa impulsado por Niparajá, se ha logrado que las comunidades locales comercialicen sus productos y obtengan recursos de manera directa, sin intermediarios, a partir del reciclaje y aprovechamiento de maderas muertas para la elaboración de artesanías o la siembra de palo blanco, la producción de frutas en almíbar y miel artesanal o el aprovechamiento del cuero y los textiles.

Atrás dejamos la Unidad de Manejo Ambiental del ejido El Bonfil, uno de los mejores ejemplos comunitarios de aprovechamiento sustentable de vida silvestre y ecoturismo de Baja California Sur. Difícilmente olvidaremos la “cacería” de imágenes que lograron Ramón Castellanos y Luis García de un grupo de borregos a tres mil metros de distancia, con la utilización de un dron. Pero lo más sorprendente de lo que dejamos atrás es que nadie imaginaría que en esa región serrana existen oasis llenos de vida, que

iluminan de verde las cañadas, con sus carrizos, sus palmeras y sus huertas frutales; con sus ardillas del desierto cruzando las brechas, con el llamado de sus colibríes al alba y el canto de las ranas en sus tinajas.

Se estima que en La Giganta y Guadalupe existen 171 oasis, relictos de vegetación ancestral que antiguamente predominaba en la península de Baja California, importantes para especies en peligro o endémicas, además de servir de refugio para aves migratorias. Las lluvias son la fuente del agua que escurre de la sierra, que se infiltra en los acuíferos y da origen a los humedales.

Escondidas en los riscos permanecen, casi intactas, pinturas rupestres que guardan el paso por estas tierras de los antiguos “californios”, historia antigua que narra momentos de un tiempo remoto en la vida de guaycuras y cochimíes, según las interpretaciones arqueológicas.

En 17 días hemos recorrido entre carreteras, caminos troncales, terracerías, arroyos secos, brechas y senderos, en auto, a lomo de mula o a pie, más de mil 200 kilómetros, desde la sierra La Giganta hasta la sierra Guadalupe, un cordón montañoso que es algo así como la columna vertebral de Baja California Sur. Si el Mar de Cortés es el corazón de La Baja, los ríos que nacen en lo alto son como las venas por donde fluye la vida sudcaliforniana, que registra más de 700 taxones vegetales, de plantas, arbustos y árboles, alrededor de 42 especies de mamíferos, 39 especies de reptiles y cerca de 238 especies de aves. Del total de la fauna registrada, 27 especies son endémicas y 56 están enlistadas en la NOM-059-SEMARNAT-2010 para la protección ambiental.



*En 17 días hemos recorrido entre carreteras, caminos troncales, terracerías, arroyos secos, brechas y senderos, en auto, a lomo de mula o a pie, más de mil 200 kilómetros, desde la sierra La Giganta hasta la sierra Guadalupe, un cordón montañoso que es algo así como la columna vertebral de Baja California Sur: Si el Mar de Cortés es el corazón de La Baja, los ríos que nacen en lo alto son como las venas por donde fluye la vida sudcaliforniana.*



## Encumbrar la montaña

Después de perdernos unas horas, rectificamos el camino. Llegamos a San Estanislao, mientras observamos cómo el sol ilumina el cerro La Trinidad. Estamos en la región de San Pedro y nos preparamos para “encumbrar” Guadalupe. Este es, quizá, el último reducto de la geografía de las Californias que no ha sido tocado por el hombre, el rincón prístino que nos ha dejado su legado en su riqueza natural, ese que los ciegos y sordos de siempre no han sabido o no han querido proteger. Se trata de un subconjunto de cerros pequeños, que emergen de un conjunto de montañas mucho más grandes. Su característica primordial es que posee cumbres de perfil escarpado muy pronunciadas que se elevan por encima de su entorno, con pendientes erizadas, con sus cimas o techumbres confinadas

En el rancho El Carpintero dejamos los vehículos, preparamos el equipo y alistamos las monturas. Nuestro guía Miguelito y sus vaqueros me ven con cierto recelo, quizá pensando: “¿realmente podrá subir este *compa*?” Y no están muy equivocados, una cosa es ver la sierra desde abajo y otra muy diferente recorrer sus pendientes, sus pasos estrechos, sus acantilados y llegar a lo más alto. Para este reportero, adentrarse en la sierra en una camioneta 4x4 tiene su dosis de emoción, cuando abres camino sobre los arroyos secos y avanzas entre las paredes de los cañones, que parecieran apretar el camino. Pero otra cosa muy diferente es subir mil 700 metros de altura sobre el nivel del mar a lomo de mula.

A las 11 de la mañana iniciamos el recorrido. Ascendemos por una mesa conocida como Palos Verdes. Acompañan la expedición Gaspar y Luis, compañeros de recorrido de muchos caminos y los que faltan por recorrer. Fernanda, quien encontró su vocación en la fotografía y tal vez ni siquiera lo sabe heredó la observación de la vida silvestre de su abuelo y su padre. Nora es quien apunta todo, ordena sus ideas y las de los demás, siempre dispuesta a ayudar. Teresita, sud-

californiana de hueso colorado. Miguel, nuestro guía, custodio del INAH para Guadalupe, junto con Carlos Antonio, quien no emigró como otros jóvenes y prefirió quedarse en el rancho. Y Chento, que canta y canta, aunque nos ahuyente a los animales del monte. Llevamos 10 mulas y dos burros que cargan cámaras, lentes, trípodes, tiendas de campaña, lonas y víveres. Al principio, andar sobre la mula puede ser divertido para la “palomilla”. En las subidas hay que balancear el cuerpo hacia adelante para ayudarle al animal y en las bajadas pronunciadas hay que echarse ligeramente para atrás con los pies en los estribos, sin soltar las riendas. Aunque son animales nobles, no siempre cooperan, el riesgo es que reparen en el camino y te tiren de la montura. Después del barullo de los primeros minutos, sólo el silencio te acompaña, porque en cada parteaguas, en cada quebrada y en cada desfiladero, vas descubriendo los secretos de la sierra, como si se tratara de una especie de diálogo íntimo con un ecosistema lleno de vida, incluso irreconocible.

Pasamos por Los Pozos para ir faldeando una serranía conocida como La Palmita. Hay algunos pasos muy complicados, en los que hay que bajar de las mulas y dejar que crucen solas, siguiéndolas a pie. Con el paso de las horas y una vez que comienzas a encumbrar, la montaña te atrapa. Poco importan los pasos estrechos, los arbustos con sus ramas y espinas que quieren acariciar tu cara o los desfiladeros que por prudencia ignoras. Más temprano que tarde, lo que vas viendo en el recorrido comienza a cobrar sentido. Cada pendiente alcanzada es una pequeña conquista. Los “pasos malos” están por todos lados, principalmente en los parteaguas por donde avanzas de una montaña a otra. A veces el camino parece inaccesible, pero las mulas saben hacer lo suyo. Sobre la montura, aprietas las rodillas para darle confianza al animal. Cruzar un parteaguas teniendo a la vista el desfiladero puede ser estresante, pero es una señal de que estás alcanzando las techumbres. Es justo ahí, cuando la sierra Guadalupe se te revela. El fotógrafo Miguel Ángel de la Cueva lo sabe bien, por eso cuando observa nuestra cara de asombro simplemente sonríe. Lleva más de 10 años fotografiando esta sierra que, como a todos, lo atrapó y para él, creo, se convirtió en un proyecto de vida.

■ *La sierra Guadalupe es, quizá, el último reducto de la geografía de las Californias que no ha sido tocado por el hombre, el rincón prístino que nos ha dejado su legado en su riqueza natural, ese que los ciegos y sordos de siempre no han sabido o no han querido proteger.*

# Naturaleza, cultura, historia y aventura en un mismo lugar

■ Recorre las sierras a pie, en mula o en auto



## Los objetivos de proteger esta región montañosa son:

- 1 Conservar un invaluable patrimonio natural mexicano.
- 2 Fomentar las actividades productivas tradicionales.
- 3 Defender las costumbres de los sudcalifornianos dedicados a la ranchería.
- 4 Impulsar el aprovechamiento sustentable de la vida silvestre.
- 5 Promover proyectos productivos para mejorar los ingresos locales.
- 6 Fortalecer el desarrollo integral comunitario en equilibrio con el entorno natural.
- 7 Implementar acciones para enfrentar el cambio climático (sequías y huracanes).

• Información proporcionada por la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT).

POLÍGONO RBSLGyG	ZONA DE CAPTACIÓN DE AGUA	MISIONES
OASIS	CIUDADES	PINTURAS RUPESTRES
ZONAS ARQUEOLÓGICAS	ÁREAS NATURALES PROTEGIDAS	
LAGUNAS ESTACIONALES	SIERRAS LA GIGANTA Y GUADALUPE	



■ La "Caguama de San Julio" se ubica en San José de Comondú y tiene una antigüedad de cerca de 7,500 años.

# SITIOS

## ARQUEOLÓGICOS

### Las huellas del pasado

Por: Carlos Mandujano

■ Foto: Ramón Castellanos.

Las siguientes líneas las dedicaré a esbozar la importancia de los sitios arqueológicos que existen en las sierras La Giganta y Guadalupe; muchos de ellos son desconocidos, incluso, para los mismos pobladores de tan imponente región sudcaliforniana.

Las dos inmensas sierras que nos ocupan en esta edición especial han sido testigos de la riqueza natural, cultural, arqueológica e histórica de Baja California Sur durante mucho tiempo. Ambas fueron escenario de la vida cotidiana de sociedades hoy ya desaparecidas, a las que llamamos grupos cazadores-recolectores y quienes básicamente aprovechaban los recursos que les ofrecía el entorno, según sabemos por escritos que hicieron los misioneros jesuitas a finales del siglo XVII y principios del XVIII; particularmente, en estas latitudes habitaron grupos de lengua guaycura y cochimí.

También sabemos que estos grupos no conocieron la tecnología del barro cocido o la cerámica, tampoco practicaban la agricultura en ninguna variante (hasta la llegada de los españoles a la península). Los grupos que habitaron en estas sierras tenían que moverse a lo largo y ancho del territorio para conseguir los elementos básicos de subsistencia: agua, alimento y refugio. Para que dicha obtención fuera exitosa, tenían que cambiar de residencia varias veces al año de acuerdo con la disponibilidad que cada temporada les brindaba.

A cada uno de estos lugares, en los que hoy en día se pueden encontrar rastros de actividades y restos de ciertos objetos, los arqueólogos los llamamos "Sitios Arqueológicos".

El Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) a la fecha tiene poco más de 1,700 sitios arqueológicos registrados en todo Baja California Sur; muchos de éstos se localizan justamente en las sierras de las que hablamos. Debido a la inmensidad del territorio, y a pesar de los esfuerzos del INAH para investigar en la zona, calculamos que no se ha explorado más de 10% de la superficie, de ahí la importancia de proteger y conservar los pocos sitios que se conocen y fomentar con las comunidades, empresas, población y autoridades la relevancia que tienen estos sitios para la investigación, la historia y el desarrollo de actividades potenciales vinculadas con el turismo cultural responsable que beneficiarían a diversos sectores de la sociedad.

Los sitios arqueológicos son lugares donde los antiguos grupos realizaban actividades cotidianas como:

- Preparación y consumo de alimentos.
- Fabricación de utensilios para la caza, recolección y pesca.
- Organización de ceremonias o rituales durante los cuales usaban las paredes rocosas como lienzos (pinturas o grabados) y que reflejan su cosmovisión.

Hoy las llamamos Manifestaciones Gráficas Rupestres.



■ Foto: Carlos Mandujano.

Los sitios arqueológicos pueden dividirse en distintas categorías de acuerdo con sus características y uso al que fueron destinados, encontrándose así campamentos al aire libre, campamentos en cuevas, sitios de caza, concheros, sitios con manifestaciones gráficas rupestres, senderos, talleres y canteras, entre otros.

# PAISAJES bioculturales

## MODELO COMPLEMENTARIO DE CONSERVACIÓN

### 1. Primero y para entender: ¿qué es la diversidad biocultural?

Es pocas palabras: el encuentro entre naturaleza y cultura. La Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT) lo explica de la siguiente manera: “Lengua, conocimiento y medio ambiente configuran la diversidad biocultural”. Por su parte, el Instituto de Ecología asegura que es: “La conexión entre la diversidad biológica y la diversidad cultural de los pueblos indígenas. Este pa-

trimonio abarca desde el conocimiento y el uso tradicional de la biodiversidad hasta los valores espirituales que son transmitidos de generación en generación”.

Debemos tomar en cuenta que México es un país megadiverso, ocupa el quinto lugar en riqueza de lenguas indígenas y el segundo sitio —después de Indonesia y por delante de India, Australia, Brasil y China— en patrimonio biocultural.

### 2. Y entonces, ¿qué es un Paisaje Biocultural?

Se trata de un territorio en el que precisamente encontramos una enorme diversidad biocultural, o como explica el libro *Los Paisajes Bioculturales: un instrumento para el desarrollo rural y la conservación del patrimonio natural y cultural de México*, “los paisajes bioculturales constituyen una nueva propuesta del gobierno de Mé-

xico para aspirar a una gestión territorial integrada, que permita proteger el patrimonio natural y cultural ubicado en un territorio delimitado, mediante la planificación de los usos tradicionales del suelo, para promover el crecimiento local, por medio de un desarrollo rural sustentable y un desarrollo urbano armónico”.

### 3. ¿Cuáles son las características de un Paisaje Biocultural como modelo de conservación?

Primero, para establecer un Paisaje Biocultural quienes habitan el área se suman de manera voluntaria a este esquema. Además es manejado a través de un Programa de Gestión Territorial, que antes de establecerse es planteado, consensado y acordado entre autoridades locales, gobierno federal y diferentes actores (como grupos conservacionistas). También se otorga un sello o distintivo que podría dar

la federación o los municipios y, para conservarlo, se deben mantener los criterios de sustentabilidad que se acordaron. Por último: la propuesta es que la gestión tenga una duración de 15 años, tiempo en que se evalúa, replantea y/o actualiza. Hay que decir que esta modalidad es complementaria a la figura de Áreas Naturales Protegidas (ANP) o Unidades de Manejo para la Conservación de la Vida Silvestre (UMA).

### 4. ¿Qué beneficios reciben las comunidades que deciden impulsar un Paisaje Biocultural?

De entrada, este esquema le da voz a los pueblos originarios y brinda identidad a los nuevos habitantes; además, es una forma de detonar la economía mediante actividades como el turismo responsable o el desarrollo rural sustentable. También son una forma de proteger el patrimonio biocultural de los más de 60 pueblos indígenas de nuestra nación que hoy está amenazado.

### 5. ¿Las sierras La Giganta y Guadalupe podrían considerarse un Paisaje Biocultural?

Desde luego, se trata de un territorio en el que encontramos una cultura propia, la ranchera, gente del desierto que ha aprendido a convivir con la diversidad biológica que los rodea. A esto se suman los oasis, ecosistemas en los que también se dan la mano hombre y naturaleza. Así, adoptar el esquema de Paisaje Biocultural complementaria de manera ideal una declaración de Reserva de la Biosfera.



## Geografía **y** esperanza

Fotos y texto:  
Miguel Ángel de la Cueva  
@miguelangelde lacueva

**M**e encontré por primera vez con el Desierto Sonorense a los 16 años, viajando en automóvil; recuerdo con claridad cristalina ese paisaje dramático y erosionado, junto con mi necesidad de convertirme en esa distancia elemental.

Fue años más tarde, en 1995, que arribé a la península de Baja California y estuve cara a cara con la majestuosa sierra La Giganta. Mientras seguía sus contornos que desaparecían en el Golfo de California, me sentí asombrado y tuve la urgencia de compartir la fuerza y la belleza de esa visión.

En nuestra vida diaria hemos cambiado lo maravilloso por lo comercial, la elocuencia del mundo por la comodidad, y no entendemos la fuente de nuestra alienación, nuestra tristeza. Como fotógrafo, ¿cómo podría romper el mundo artificial que todos hemos ayudado a crear?

Descubrir esta serranía fue una renovación, una compulsión para explorar cada

detalle de sus estribaciones, penetrar los secretos guardados celosamente por su sequía y aislamiento. Su topografía puede ser intimidante, una sensación que necesitaba superar. Me llevó mucho tiempo conocer esta tierra desnuda, sentirme totalmente cómodo con ella y luego comenzar la gran experiencia de exploración y de constantes encuentros maravillosos.

Las sorpresas en La Giganta y Guadalupe son extravagantes y abarcan el milagro de la vida misma. Su austeridad parece tan necesaria como el silencio. Sus formas rugosas nos recuerdan que su historia es más antigua que la nuestra, y exige una comprensión y un respeto total por la vida de sus habitantes.

Casi 50% del estado sureño de esta península ha recibido una designación como Reserva de la Biosfera o Parque Nacional. Sin embargo, enfrenta un aluvión de amenazas: desarrollos turísticos e inmobiliarios y megaproyectos mineros, interrupciones que podrían rediseñar miles

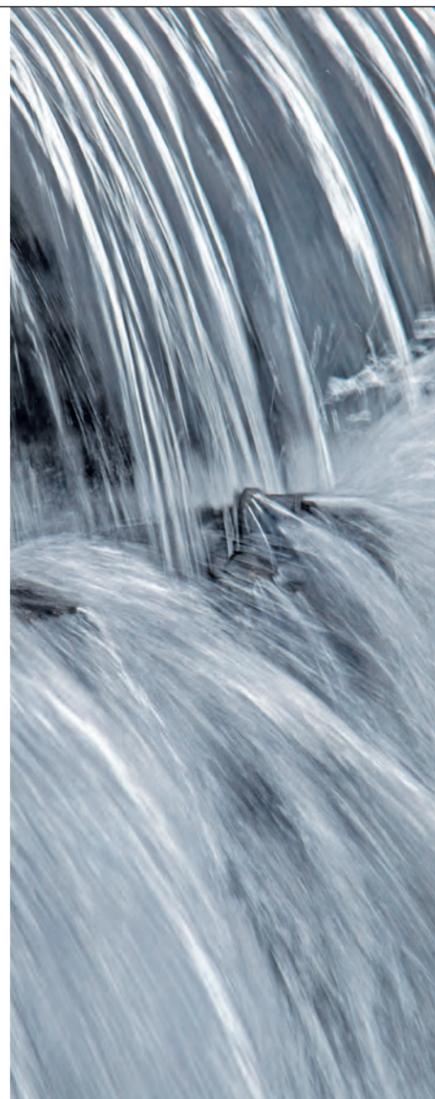


Foto: Fernanda Gómez.

# EL PODER DEL agua serrana

Por: Raúl Avilés

Crecí en mi terruño insular, con el lema “El agua es la vida” creado en 1965 por Don Francisco King Rondero, pionero de la radio y la televisión en Baja California Sur y difusor incansable de la cultura del consumo responsable del agua. Ahora, ya como agrónomo y productor de las sierras, comprendo profundamente el sentido de esa idea, y me esfuerzo por transmitir el gran valor que tiene este recurso natural para las comunidades rurales, las ciudades y las actividades productivas que ahí se realizan.

El clima sudcaliforniano es, por lo general, muy seco, demasiado cálido y cálido; se caracteriza por un régimen de lluvia bien definido, marcado por huracanes y tormentas tropicales de agosto a octubre. En estos meses, la parte alta de las sierras La Giganta y Guadalupe (arriba de los 1,000 msnm) recibe la mayor proporción de precipitaciones, del orden de los 120 a 200 mm anuales en La Giganta, y de 200 a 300 mm en Guadalupe; en el resto de la región y hacia los valles las lluvias son menores. En cualquier caso, es importante resaltar que se trata del estado con menor precipitación a nivel nacional... De ahí la importancia del tema hídrico en la entidad.

La península es una tierra inhóspita, árida, en donde sin las reservas de agua del subsuelo y los nacimientos de agua habría sido más que imposible la vida animal y humana. Así de vital es el agua en las sierras La Giganta y Guadalupe.

A partir de ese recurso natural se generó la vida peninsular y el desarrollo de las culturas indígenas, que dejaron numerosos vestigios de su presencia, avances y estadía, impregnando sus rocas con pinturas, con petroglifos y con elementos que nos dan una idea de cómo vestían y cazaban o de los enseres que usaban para cocinar y alimentarse.

**Baja California Sur es el estado mexicano donde menos llueve. Sin embargo, en La Giganta y Guadalupe existen importantes zonas de captación e infiltración de agua, así como sistemas hidrológicos naturales que satisfacen las necesidades de la entidad. Por ello, la conservación de estas sierras es una prioridad nacional.**

La Giganta y Guadalupe representan un importante valor para toda la sociedad sudcaliforniana, desde las comunidades rurales de las partes altas, hasta las grandes ciudades costeras y cuenca abajo, principalmente debido al servicio ambiental hidrológico que ofrecen ya que, por las condiciones de aridez de la región, el agua que estas serranías proveen para uso humano adquiere una magna situación prioritaria a nivel nacional.

Asimismo el agua serrana sostiene a los oasis peninsulares, que son la única fuente de agua

en la región, lo que protege sistemas sociales, culturales y económicos, terrestres y costeros, como el caso de las actividades productivas tradicionales de más de 400 comunidades y de las poblaciones de Loreto, Constitución, Mulegé, San Ignacio, La Purísima, San Isidro, San José y San Miguel de Comondú, Insurgentes, Las Pocitas, La Soledad y Santa Rosalía, beneficiando al 18.5% de la población estatal y a la región agrícola más grande de Baja California Sur, el Valle de Santo Domingo, donde se siembra y cosecha 76% de la producción sudcaliforniana.

De esta dependen los ecosistemas terrestres y costeros, los humedales y los acuíferos, así como la existencia de las poblaciones dentro y fuera de las sierras como una fuente de sobrevivencia y motor de actividades productivas esenciales para el hombre. Asimismo, no puede dejar de observarse que el futuro de las generaciones venideras dependerá del buen uso que se haga de este recurso, sin olvidar las condiciones de próximos cambios en el esquema del clima global.

• •

Los oasis son uno de los ambientes más llamativos y relevantes desde el punto de vista biológico y paisajístico en la Península de Baja California, caracterizados por albergar poblaciones relictas de especies adaptadas a ambientes méxicos (con agua permanente, humedad y abundante vegetación), en donde han quedado restringidas a estas islas en un mar de matorral desértico.

En el país existen 200 oasis, de estos 171 están en Baja California Sur. Los principales están en Mulegé, San Ignacio, Santa Rosalía, Loreto, San Francisco Javier, Comondú, La Purísima-San Isidro, San José de Guajademi, Cadejé y los Naranjos. Además, enclavados en las sierras se encuentran la mayor cantidad de oasis u ojos de agua que han permitido el establecimiento de innumerables rancharías y han desarrollado una agricultura de traspatio y una ganadería trashumante de bovinos y caprinos.

Los oasis son, entonces, las manifestaciones naturales del agua que en las sierras se infiltran y mantienen un equilibrio de los sistemas ambientales, socios culturales y económicos productivos.

## — SOBRE EL AUTOR

Es ingeniero agrónomo sudcaliforniano, establecido en la Región del Valle de Santo Domingo (Comondú). Ha trabajado por más de 35 años en temas agropecuarios, forestales y en el uso sustentable del agua para acciones productivas, principalmente en el sector social.



# Cornucopia

Texto y fotos: Ramón Castellanos | @tu3rc45

En casi 25 años, la cacería legal y basada en ciencia de borrego cimarrón se ha convertido en una estrategia eficaz para la protección de la especie y su hábitat en Baja California Sur. Tal ha sido el éxito que gracias a esta han aumentado las poblaciones silvestres, al tiempo que impulsa la economía de las comunidades locales y sirve como medida de conservación de la vida silvestre.

Entre 1749 y 1767 el misionero jesuita Juan Jacobo Baegert conoció de primera mano la aridez y complejidad de la península de Baja California. Sin embargo, desde principios del siglo *xvi* se hablaba de las mil maravillas y riquezas que emanaban de esa tierra mítica, en especial desde que el escritor español Garci Rodríguez de Montalvo, dejando volar la imaginación, relató en *Las Sergas de Esplandián*: “Sepa usted que a la diestra de la Indias hay una isla llamada California, muy cercana es a esa parte del Paraíso Terrenal, habitada por mujeres negras sin un solo hombre entre ellas, y que vivieron a la manera de las Amazonas. Eran de cuerpo robusto con grandes corazones apasionados y una gran virtud. La isla en sí misma es una de las más silvestres en el mundo...” El relato describe cómo la reina Calafia comandaba a un invencible ejército de amazonas a caballo, con armas hechas exclusivamente de oro, auxiliadas por 500 grifos (esas criaturas mitológicas formadas por la cabeza y el torso de un águila gigante con cuerpo de león) entrenados para matar a cualquier hombre que encontraran. En ese contexto, en 1532 llegaron los primeros conquistadores a Baja California y, para su sorpresa, no encontraron a la reina ni a sus amazonas ni el paraíso terrenal; en contraste, se toparon con una tierra ejemplarmente árida, poblada por grupos seminómadas de cazadores-recolectores guaycuras, monqui, cochimíes y pericúes que vivían prácticamente en el Paleolítico y que defendieron sus territorios con ahínco. Después de 163 años y nueve intentos de colonización, el padre Salvatierra logró asentarse en Loreto y a partir de ahí comenzó la evangelización que estableció 23 misiones y dominó la totalidad de las Californias.

El padre Baegert, de origen alsaciano y educación clásica en literatura y filosofía, fue profesor en el colegio de Hagenau justo antes de ser enviado como misionero al *Nuevo Mundo*. Al llegar a la Baja California supo de inmediato que los relatos que inflamaban la imaginación de escritores y soldados eran completamente falsos, y tras 17 años recorriendo la península de sur a norte y de costa a costa escribió en la introducción de su libro *Observaciones de la Baja California*: “Todo lo relacionado a California es de tan poca importancia que apenas vale la pena tomar una pluma y escribir al respecto”. Sin embargo, le dedicó 10 capítulos y 173 páginas a describir con detalle las características, clima, vegetación, fauna, a los pobladores y el proceso de conquista y evangelización de este singular territorio. Entre la fauna de la península le llamaron especialmente la atención los pumas (que en aquel entonces los españoles llamaban leopardos) y los borregos cimarrones: “En donde la cadena montañosa, que corre a lo largo de toda California de norte a sur, se vuelve considerablemente más alta, hay animales que se parecen mucho a nuestros cabros, pero sus cuernos son más gruesos, largos y mucho más curvos. Cuando se les persigue son capaces de aventarse desde las crestas más altas al precipicio, aterrizando con los cuernos sin sufrir daños. Sus poblaciones no pueden ser numerosas pues nunca he visto a un indio en posesión de uno de estos animales o de su piel, y sin embargo poseen muchas pieles de leopardos y de onzas”. Baegert describe cómo es casi imposible cazarlos y, por lo tanto, en la Baja California la poca carne disponible proviene mayormente de lagartijas, serpientes, liebres, ratas y ratones.

El borrego cimarrón (*Ovis canadensis*) elige las cimas de sierras altas para forrajear casi todo el año, excepto algunos inviernos crudos cuando se desplaza hacia las cañadas a media montaña en busca de resguardo. Estas características mantuvieron a los rebaños de cimarrones a salvo por mucho tiempo, hasta que durante el proceso de colonización del oeste norteamericano las poblaciones de cimarrón —al igual que las de venado y berrendo— sirvieron como fuente de alimento para las expediciones de exploración y a partir del siglo XIX para la colonización del norte de México, hasta llevarlos al borde de la extinción.

En 1922 el presidente Obregón prohibió su cacería a nivel nacional; desafortunadamente esta medida de protección no se vio acompañada de las acciones necesarias para implementarla, y a principios de la década de 1960 se documentaron las extinciones de las poblaciones de cimarrón en Chihuahua, Coahuila y Nuevo León, y el constante decremento de las poblaciones en Sonora y la Península de Baja California.

### El cazador sólo puede cobrar un cimarrón autorizado por el guía principal y el responsable técnico, y tiene la obligación de hacerlo de manera ética y respetuosa.

Luego, entre 1964 y 1968 se realizaron cacerías experimentales con el fin de generar más conocimiento sobre la especie y el hábitat, y a la vez tratar de poner en marcha una estrategia de conservación. En 1969 comenzó el periodo de cacería deportiva en los estados del noroeste; para Baja California, entre 1980 y 1990 se otorgaron 625 permisos de cacería de cimarrón hasta que el congreso del estado hizo bien en solicitar la segunda declaratoria de veda en diciembre de 1990, argumentando un manejo discrecional, sin beneficios para los ejidatarios dueños de la tierra y carente del conocimiento técnico necesario para establecer las tasas de aprovechamiento.

En la década de 1990 México realizó importantes avances en términos de legislación y acuerdos internacionales a favor de la vida silvestre; destacan la Norma Oficial Mexicana NOM059-ECOL-1994, la Ley General del Equilibrio Ecológico y Protección al Ambiente (LGEEPA), la Ley General de Vida Silvestre (LGVS) y la incorporación a la Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres (CITES). Este marco legal y la creación de la entonces SEMARNAP catalizaron el inicio de las Unidades de Manejo para la Conservación de la Vida Silvestre (UMA), con el fin de reglamentar el manejo de especies silvestres en manos de los propietarios y legítimos poseedores del hábitat, buscando la sustentabilidad en el aprovechamiento y la corresponsabilidad en el manejo de los recursos naturales entre la sociedad y las instancias de gobierno.

A partir de 1996 inició la conservación, manejo y aprovechamiento sustentable de borrego cimarrón en Baja California Sur y Sonora mediante la operación de UMA. Después de más de 20 años los resultados son alentadores, especialmente en términos del conocimiento generado alrededor de la especie y el hábitat, pero también en términos del aumento en el número de ejemplares en las poblaciones manejadas y de muchas otras poblaciones silvestres que comparten el hábitat, de la conservación del territorio, de la generación de capacidades locales, y de los recursos económicos generados por los ejidos, comunidades y propietarios que realizan el aprovechamiento sustentable. Poco más de 17% del territorio nacional está registrado bajo el esquema de UMA, esto implica la participación directa de los dueños de la tierra en la protección del hábitat mediante la realización de acciones de vigilancia, manejo y aprovechamiento sustentable, con un impacto positivo en la conservación de las poblaciones de cientos de especies, a un costo marginal para el erario.

Las UMA cambiaron la lógica del aprovechamiento de la vida silvestre. La nueva hipótesis plantea que si el manejo sustentable de los recursos naturales deja utilidades en las comunidades locales, y no en el intermediario como venía sucediendo, tendrá un efecto positivo en la conservación de los recursos y el hábitat. En condiciones óptimas de manejo y sustentabilidad, un ejemplar de cimarrón procedente de una reserva de la biosfera puede alcanzar un valor de mercado del orden de los 65,000 dólares o más, por lo que su conservación se puede convertir en un atractivo esquema de negocio para una comunidad o incluso, a largo plazo, para una región. Este binomio —conservación y desarrollo— implica una relación virtuosa entre los propietarios y sus territorios, manteniendo las condiciones silvestres del hábitat y posibilitando la continuidad de los procesos biológicos para el cimarrón y todas las especies con las que comparte la montaña.

Hay tres líneas de acción básicas para ser desarrolladas en las UMA: 1) Monitoreo y vigilancia participativa; 2) Manejo del hábitat y de las poblaciones; y 3) Educación ambiental. En primera instancia es necesario concentrar los esfuerzos en detener los factores de presión sobre la fauna silvestre y el hábitat: en el caso del cimarrón se retira el ganado introducido, que además de competir

por alimento es vector de enfermedades; se limpian y acondicionan aguajes y tinajas para facilitar el acceso al agua y disminuir depredación por pumas; se establece un sistema de vigilancia y monitoreo permanente del hábitat con la participación de la población local y se opera un programa de educación ambiental tanto para comunidades locales como para visitantes con el fin de difundir los esfuerzos de manejo y conservación.

Para el caso específico de la cacería de cimarrón hay una serie de reglas claras. La primera es que sólo se puede cazar un número determinado de machos adultos (Clases III y IV), de esta manera se busca que los animales sacrificados hayan tenido la oportunidad de reproducirse. La tasa de aprovechamiento, o número de ejemplares que se pueden cazar, se define cada año con base en los monitoreos poblacionales y un algoritmo que permite el manejo óptimo de los rebaños.

Cuando inicia la operación cinegética, que para Baja California Sur suele ser entre mediados de diciembre y mediados de marzo, el cazador es guiado a pie por el personal de la UMA —incluyendo al responsable técnico— montaña arriba en busca del trofeo. Una vez localizado un cimarrón de las características permitidas, el cazador tiene

10 días para cobrar la pieza, por lo que podrá decidir si procede o si siguen en busca de otro ejemplar. El sistema de trofeos, basado en puntos (se mide el ancho y lo largo de los cuernos), hace que los cazadores sean muy exigentes al elegir su presa beneficiando así a la población, ya que mientras más viejo sea el cimarrón más grandes son los cuernos.

El cazador sólo puede cobrar un cimarrón autorizado por el guía principal y el responsable técnico, y tiene la obligación de hacerlo de manera ética y respetuosa (*fair chase*). Una vez sacrificado el ejemplar, el equipo procede a copinar (desollar el borrego sacando entera la piel) y regresan al campamento. Una porción de la carne obtenida de la cacería suele prepararse esa noche en el campamento base y es compartida por el cazador y todo el equipo de la UMA; el resto se distribuye entre ejidatarios y personas de la comunidad. El trofeo, es decir la cabeza, cuernos y piel del cimarrón, es preparado con abundante sal para poder ser transportado por el cazador, quien antes de salir del estado deberá someterlo ante las autoridades ambientales (PROFEPA) para su validación e inclusión en los libros de registro.

En Baja California Sur, tras 24 años de manejo, tal vez lo más relevante es que los ejidatarios dueños de la tierra han tomado muy en serio el cuidado de la vida silvestre, consolidando un equipo de manejadores expertos. Ello ha permitido que, además de aumentar constantemente el número de cimarrones mediante la vigilancia y las acciones de manejo y monitoreo del hábitat, logran un alto nivel de operación cinegética que creó confianza entre los posibles clientes. Dichos clientes son en su mayoría personas apasionadas de la vida silvestre, asociados a la fundación conservacionista que agrupa al mayor número de cazadores en el mundo: la Fundación para el Borrego Silvestre de Norteamérica (FNAWS).

La cacería sustentable nos remonta a un pasado distante en donde un grupo salía al acecho de presas para llevar sustento al hogar, sin dañar el entorno y sin tomar nada más que lo necesario. A diferencia del furtivismo, que es siempre perjudicial para la vida silvestre y la economía rural, la cacería basada en ciencia busca mantener el equilibrio ecológico mientras genera beneficios para las comunidades y los propietarios de la tierra, a la vez que posibilita la conservación del territorio al darle un valor tácito. Las largas jornadas de búsqueda y acecho, en los terrenos más difíciles y agrestes que se puedan imaginar, son en sí las que motivan al cazador y el sacrificio de la presa es solamente la culminación de ese idilio.



#### — SOBRE EL AUTOR



Explorador y conservacionista de campo, ha colaborado durante más de 20 años con OSC y agencias gubernamentales nacionales e internacionales en programas de desarrollo sustentable, monitoreo, conservación y manejo de recursos naturales,

vida silvestre y hábitat. Dive Master y Technical Rescue Diver, piloto de aviones ultraligeros, fotógrafo y cinematógrafo de naturaleza. Actualmente colabora con Beta Diversidad y Wildlife Conservation Services.

■ “Cuando se les persigue son capaces de aventarse desde las crestas más altas al precipicio, aterrizando con los cuernos sin sufrir daños”: misionero jesuita Juan Jacobo Baegert.

# La perla del diablo

Por: Fabián Torres | @bdemontork

Uno de los sitios más representativos de las sierras La Giganta y Guadalupe es, sin duda, el cerro El Mechudo que debe su nombre a una peculiar leyenda que existe en la región, y que incluye a la virgen, al demonio, perlas, buzos y promesas.



En Baja California Sur la sierra está profundamente ligada al mar; al hablar de una, debemos hacer referencia obligada al otro ya que son muchos los puntos donde las faldas de las montañas desembocan en el Mar de Cortés, creando paisajes fascinantes que (en una misma escena) reúnen la aridez del desierto con el turquesa de las aguas sudcalifornianas.

Este es el caso del cerro El Mechudo, de más de 1,000 metros de altura y ubicado en la comunidad pesquera San Evaristo. Se trata, pues, de un ícono de la sierra La Giganta que debe su nombre a un relato mítico que engloba elementos de la vida e idiosincrasia de los habitantes de la región.



*La leyenda de El Mechudo cuenta que al final de cada temporada los buzos de perlas, fieles a su tradición, reservaban las últimas piezas obtenidas y las consagraban a la virgen de Loreto, patrona de la localidad; de ahí que la expresión “buscar las perlas de la virgen” era una forma de explicar que la jornada había terminado.*

*En una ocasión, uno de ellos, envalentonado y con aires de blasfemo, quiso lanzarse al mar una vez más. Sus compañeros, preocupados, le explicaron que ya habían sacado la última perla y estaban listos para irse a casa; sin embargo, él los contradujo, asegurando: — Yo no voy por la perla de la virgen, yo voy a buscar una perla para el diablo.*

*Así, se sumergió en el agua y no volvió a salir a la superficie. Algunas versiones dicen que el cuerpo nunca apareció; otras, que fue encontrado al día siguiente en el fondo del mar, con una mano atrapada en una ostra. En cualquier caso, al parecer el diablo se tomó en serio el ofrecimiento y, además de la perla, tomó la vida del buzo.*

*A partir de entonces, se cree que si alguien tiene el valor de ir a ese lugar lo único que verá será el fantasma de un hombre con abundante barba y una enorme melena que en la mano sostiene la perla del diablo, es decir, la ofrenda prometida. Esa gran cabellera es la razón por la que al fantasma, al cerro y a la región se les conoce como El Mechudo.*

La transmisión de generación en generación de esta historia muestra que lo contado se reactualiza; es decir, El Mechudo se hace presente cada vez.

## — SOBRE EL AUTOR



Corrector de estilo egresado de la licenciatura en historia y autor de artículos académicos y periodísticos.

# SIERRAS DE LA GIGANTA Y DE GUADALUPE

• Son la columna vertebral de los ecosistemas terrestres de Baja California.



• De sus montañas brotan manantiales de agua cristalina que abastecen los oasis.

• Poseen un paisaje volcánico asombroso en el que han evolucionado sus propias formas de vida.

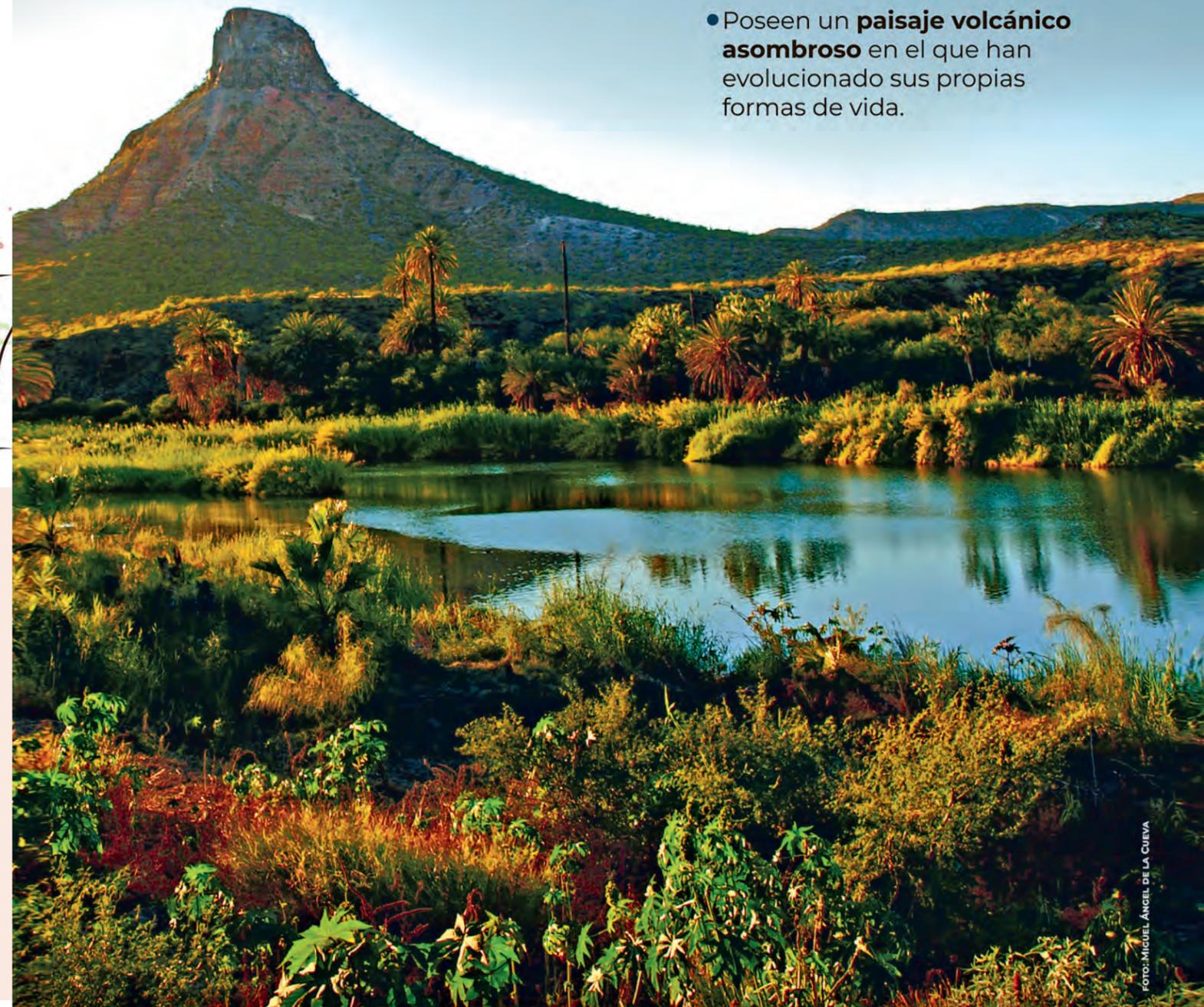


FOTO: MIGUEL ÁNGEL DE LA CUEVA



GOBIERNO DE MÉXICO

MEDIO AMBIENTE  
SECRETARÍA DE MEDIO AMBIENTE Y RECURSOS NATURALES



# SIERRAS LA GIGANTA Y GUADALUPE, BAJA CALIFORNIA SUR

El paraíso que debemos proteger



**beta**  
diversidad  
Asociación Civil

[www.betadiversidad.org](http://www.betadiversidad.org) • [Twitter](#) [Instagram](#) @betadiversidad

Fotos: Ramón Castellanos.